

El cristiano carnal

1 Corintios 3:1-6

Henri ROSSIER

biblicom.org

En nuestra meditación anterior señalábamos el principal escollo de la vida cristiana. Consiste en que la Palabra no ocupa en nuestro corazón el lugar que debería ocupar. Esto no significa que no se conozca: quizá nunca las almas hayan estado más en contacto con ella que hoy, pero no ejerce sobre la conciencia de los cristianos una influencia indiscutible y todopoderosa. Siempre ocurre lo mismo cuando los cristianos son *carnales*, y esto se desprende de manera muy llamativa de la Primera Epístola a los Corintios. ¿Por qué, pues, acusa el apóstol a sus queridos hijos en la fe de ser «carnales», de ser «niños en Cristo», de no poder «soportar el alimento sólido», de ser «hombres»? No es que no conocieran la Palabra de Dios, sino que, a pesar de conocerla, no la ponían en práctica. «¿No sabéis?», les repite 10 veces en los 9 primeros capítulos de esta Epístola. Por lo tanto, no era el conocimiento de la Palabra lo que les faltaba, sino que no hacían uso de ese conocimiento para regir su vida según ella. Todas las faltas que el apóstol les señalaba en cuanto a su conducta en la iglesia de Dios se debían a esa falta de conciencia en la forma en que hacían uso de la Palabra.

Su principal falta (pues había otras) era *la importancia que daban al hombre*. No «os falta ningún don»; habían sido «enriquecidos en él, toda palabra y todo conocimiento», poseían «el pensamiento de Cristo» (1:5, 7; 2:16), ¡pero eran *carnales*!

Sin embargo, Dios los había elegido fuera del mundo y de sus pretensiones: entre ellos, según *la carne*, no había muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; más bien formaban parte de lo débil, lo vil y lo despreciado del mundo, de aquello mismo *que no es*, pues Dios quería quitar a la carne todo pretexto para presumir o enorgullecerse. ¿Qué es, pues, la carne, si a pesar de ello estaban tan llenos de orgullo y tan cegados que toleraban entre ellos pecados repudiados incluso por el paganismo?

El hecho de que todas las gracias recibidas no los hubieran llevado a un juicio radical sobre *el hombre*, les hacía conceder a este último un lugar entre ellos que Dios le niega rotundamente. Uno se decía discípulo de Pablo, otro de Apolos, otro de Pedro; otros incluso consideraban a Cristo, el hombre, como un líder de escuela: de ahí las discusiones, las divisiones, las sectas, las disputas, en desprecio de la unidad del Cuerpo de Cristo. En lugar de ser *santos*, eran *hombres*, por lo tanto «carnales... y se comportaban como hombres» (3:3-4). Por ese camino no es posible ningún progreso espiritual: el «alimento sólido» no estaba hecho para ellos; el apóstol tenía que alimentarlos con leche, es decir, con los primeros elementos de la fe, con un Cristo muerto y resucitado que había puesto fin, en la cruz, al hombre en la carne. De ahí su descripción del Evangelio en el capítulo 15:1, donde se ve obligado a *darles*

a conocer las verdades más elementales del cristianismo.

Esta tendencia carnal engendraba el orgullo, el deseo de lucirse, la falta de juicio en las cosas de Dios y de discernimiento en las cosas del mundo.

Cabe señalar que los corintios fueron llevados al juicio de sí mismos y al arrepentimiento conforme a Dios por las exhortaciones del apóstol, y pudieron recibir en la Segunda Epístola una luz que dio un carácter celestial a su fe; pero ¿podría decirse lo mismo de los cristianos actuales? ¿No ofrecen acaso un espectáculo de lo más angustiante, por no hablar del desprecio de las obligaciones que la Palabra de Dios nos impone? Este lugar otorgado *al hombre* ¿no caracteriza hoy en día al conjunto del testimonio cristiano? Huelga decir que no me refiero a aquellos que, al no conocer a Dios y no poseer su vida, *no pueden tener más que al hombre* ante sus ojos. Aquellos de quienes hablo son verdaderos creyentes; ni siquiera forman una clase de creyentes, sino que constituyen en la tierra, a los ojos de Dios, el Cuerpo de Cristo. Ahora bien, me pregunto si nuestra forma de pensar, de elegir entre los hombres que Dios envía para el bien de su pueblo en la tierra, difiere de la de los corintios. Un cristiano decía que los creyentes que eligen a un hombre para que los guíe son como niños indisciplinados a quienes su padre, al marcharse, dejaría libres para elegir por sí mismos a su tutor. Naturalmente, elegirían al que mejor se adaptara a sus gustos y se opusiera lo menos posible a sus caprichos. ¡Cuán diferente sería ese hombre oficial del que habría elegido el padre!

Admitamos que ese hombre destacara por su piedad, su dedicación, su elocuencia y su desinterés; situémoslo incluso en el peldaño más alto de la escala moral: ¿es esta elección hoy más del agrado de Dios de lo que lo era en tiempos de los corintios? Sin duda, mucho menos aún, pues ¿dónde están hoy? Los Pablo, Apolo, Cefas para desempeñar estas funciones. No nos referimos a aquellos que aún hoy dicen: “Por mi parte, soy de Cristo; me atengo al Sermón del Monte como a la exposición más perfecta de la vida cristiana”.

¿No es acaso de este espíritu carnal de donde han surgido todas las supuestas iglesias que se reparten la cristiandad profesa?

Hay algo que me llama la atención respecto al estado carnal de muchos cristianos: depositan su confianza en *el hombre según la opinión que se forman de su piedad*. Ni siquiera se les pasa por la cabeza consultar la Palabra sobre qué son los dones del Espíritu y qué características deben revestir para la edificación del Cuerpo de Cristo. ¿Y qué ocurre entonces? Estos cristianos no tienen en cuenta los *dones* que el Señor envía a su Iglesia y, de este modo, la bendición que les estaba destinada se

pierde para ellos. Esta forma carnal de considerar los dones tiene un resultado casi invariable sobre los propios dones, cuando se encuentran en las organizaciones humanas. El hombre, exaltado por quienes lo han elegido, consciente de la importancia que le confiere esa elección, se enaltece a sí mismo y se esfuerza por convertirse en un centro de atracción para las almas. De este modo se produce un mal muy grande.

Las almas quedan sustraídas de la dependencia inmediata de la Palabra, que debería ser su guía, y exentas de la obediencia a esa misma Palabra que las liberaría de todo vínculo y entorno contrario a las Escrituras. Siguen al hombre, defienden al hombre, comparten las opiniones del hombre. Si les demostráis que el hombre que han elegido se desvía, en sus enseñanzas, de la Palabra de Dios, defenderán su enseñanza incluso frente a la propia Palabra escrita.

El apóstol se alzó con toda su autoridad apostólica contra esta tendencia sectaria. Tras la Primera Epístola a los Corintios, nada resulta más instructivo a este respecto que el primer capítulo de la Epístola a los Gálatas. *Todo* lo que es del *hombre* queda allí descartado como absolutamente incompatible con el ministerio cristiano. ¿Significa esto que los fieles no deben recordar a sus conductores que les anunciaron la Palabra de Dios e imitar su fe al considerar el resultado de su conducta? ¿O que no están llamados a seguir el modelo que estos hombres de Dios les han puesto ante los ojos mediante su fidelidad a la Palabra divina? (Fil. 3:17). ¡Por supuesto que no! Pero, en cuanto a *la importancia* que se les quería otorgar, el apóstol dice: «Ni el que planta *es algo*, ni el que riega, sino el que da el crecimiento: Dios» (1 Cor. 3:7). Y, en cuanto a la *recompensa* por su propio trabajo, la espera únicamente de Dios, de quien es colaborador (1 Cor. 3:8-9).